



# EL FUTURO DE CATALUÑA Y LOS CAMINOS DE LA IZQUIERDA

*Pascual MARAGALL*

**Los trabajadores de Cataluña han sufrido un choque cultural enorme en los últimos 40 años y no solamente la represión política del franquismo. La cultura de izquierdas, la de los ateneos populares, la de Esquerra Republicana, la de «Viva Macià, muera Cambó», la del anarcosindicalismo, ha sufrido el impacto, primero de la guerra destructiva, y después de la emigración masiva, que ha sido como una inmensa transfusión de sangre en un joven fuerte pero grave.**

**H**an cambiado las constantes, ha cambiado incluso el idioma de las masas, la psicología social. Quizá no nos damos suficiente cuenta.

El viejo Moviment Socialista de Catalunya fue el que transportó, a través de la noche de la dictadura, la llama del catalanismo popular. La Lliga, divida y trastor-

---

***El sentimiento de nación  
en Cataluña puede  
explicar la existencia de  
un movimiento  
interclasista en manos de  
la derecha.***

---

nada, no resistió el embate de la tragedia. Unió Democràtica ha sido siempre una referencia dignísima desde el centro-derecha. Pero el grueso de la resistencia se producía un poco extramuros de estas tradiciones, por medio de un movimiento obrero y universitario mayoritariamente dirigido por los comunistas catalanes y otros grupos de izquierda radical.

A partir de la segunda mitad de los 60, este movimiento buscó activamente, con la aportación significativa de los socialistas, la colaboración de sectores del catalanismo puro, ofreciéndoles un campo de acción común en las Coordinadoras y Asambleas.

La hegemonía de la izquierda en todo el proceso de transición y en las primeras elecciones democráticas fue bien evidente. El unitarismo «tarradellista», de raíz también de izquierda, permitió una consolidación de las fuerzas en presencia y una lenta y tenaz reanimación del nacionalismo y de la derecha política catalana. Y, finalmente, se produjo la configuración que básicamente todavía es actual: un predominio de la izquierda, agrupado en torno de la opción que en el ámbito peninsular parecía capaz de construir el eje de referencia masivo que la República no tuvo, y que triunfa sistemáticamente en las elecciones legislativas y en las tres contiendas electorales municipales, así como en las primeras elecciones europeas: el socialismo; y un

contrapunto nacionalista que se impone de manera creciente en las elecciones autonómicas y alineará progresivamente los votos de derecha en todas las demás, llegando incluso a confluir con un sector de izquierda cuando se trata de «castigar» al gobierno socialista (referendum OTAN y parcialmente, sólo parcialmente, incluso menos que la derecha española, en las últimas municipales).

La frontera entre los dos bloques, del 77 al 87, se desplaza lentamente, marginalmente, hacia la derecha. Una buena prueba de este desplazamiento serían las elecciones municipales en la ciudad de Barcelona: 25 concejales de izquierda en el 79 (16 + 9), 24 en el 83 (21 + 3), 23 en el 87 (21 + 2).

Sin embargo nada indica, excepto la exclusiva predisposición de algunos pensadores de izquierda a conceder a las derechas una facultad innata de ser mayoría y gobernar, que este desplazamiento sea ineluctable. Al contrario, hay signos y, en todo caso, motivos razonables para pensar que este desplazamiento tendencial puede debilitarse en el futuro; aquí deberíamos entrar en el análisis del nacionalismo catalán y su implantación político-social. Y también en el análisis correlativo de las dificultades de la izquierda catalana para hacer valer su catalanismo.

Es probable que el sentimiento de nación en Cataluña, como el sentimiento religioso en Italia, pueda explicar la existencia entre nosotros de un movimiento interclasista bastante resistente y en manos de la derecha política. Aquí es necesario prestar atención a las facturas pagadas por la izquierda a causa de su contribución fraternal en la solución de los problemas de gobernación de España, y la integración política de Cataluña, contribución que se impone por dos razones: la comprobación reiterada de que la autonomía catalana depende, siempre ha dependido, de la exis-

tencia en España de opciones políticas progresistas, y el hecho de que la base social de la izquierda tiene un componente de origen extracatalán muy importante, como producto de la transfusión de sangre inmigrada de la que hablaba al principio.

Si a esto le añadimos el hecho de que sectores minoritarios de la inmigración tienden a identificarse con la cultura no solamente de los catalanes (que eso es enormemente positivo) sino incluso de las clases dominantes catalanas, en cuanto han estabilizado su situación económica y social aquí, como sucede en todos los países que reciben inmigración, es fácil de comprender la tendencia excesiva al pánico de muchos comentaristas de izquierda que ven erróneamente esto, que es un proceso social, como un proceso político producto de errores determinados o, más a menudo, indeterminados.

Además, la izquierda es muy sensible a la idea de que los comportamientos pueden condicionarse desde el Estado. En este caso, desde la parte del Estado que se ha transferido a Cataluña y que aquí, obviamente, tiene más legitimidad cultural y social que la parte del Estado que no se ha transferido y está a 600 kms. de distancia, y que conserva los típicos *tics* de la distancia: incompreensión, falta de sensibilidad, etc.

Todo el mundo tiene presente, en este sentido, el enorme impacto de una televisión pública autonómica con relativamente pocos escrúpulos a la hora de confundir país y gobierno, gobierno y partido. Menos presente, pero igualmente importante, es la existencia de todo un sistema educativo en manos de la autonomía gobernada por la derecha. Con estas dos herramientas, aunque no haya una gran obra de gobierno, o servicios realmente mejorados —piensan algunos—, hay suficiente para decantar lentamente a las mayorías hacia la derecha. Y eso sí que sería un proceso casi estrictamente político, incluso de clientelismo político.

---

***La autonomía catalana  
depende, siempre ha  
dependido, de la existencia  
en España de opciones  
políticas progresistas.***

---

La izquierda vive estos fenómenos con cierta rabia interna, consciente como es de haber sido protagonista en el proceso largo y difícil que trajo la autonomía y la democracia, es decir, en la creación de las condiciones en las que ahora se expresa, digamos, alegremente, el predominio relativo de la derecha —cuando se expresa—.

Los comunistas viven esta situación con una tensión aún mayor por el hecho de que pagaron el precio más alto de la lucha por la democracia y ni tan siquiera tienen las posiciones políticas y sociales que los socialistas han obtenido en el Estado español y también en el interior de Cataluña.

Y los socialistas catalanes la viven con la profunda amargura que produce ver cómo sus compañeros de Valencia —por ejemplo, el alcalde Ricardo Pérez Casado— son a menudo acusados —y con cierta violencia— de catalanistas; y, no obstante, todo eso no los exonera en Cataluña de la sospecha de ser poco catalanistas. Ni parece que les haga ganar adhesiones, en este sentido, el hecho de recibir en Euskadi los terribles golpes del terrorismo, o militar en Andalucía —en general— por una moderación del anticatalanismo o en Aragón por una política de entendimiento con Cataluña que echaremos de menos los próximos cuatro años. «Eso es —piensan— una prueba de que nuestras posiciones son las únicas razonables y de que, sin nosotros, este país sería un inmenso guirigay».

---

***El entendimiento de izquierda que debería producirse se refiere sobre todo a las suspicacias mutuas en materia de nacionalismo.***

---

También los ataques cruzados en lo que respecta a la cuestión de la OTAN, con la derecha catalana haciendo campaña indirecta por el «NO», les confirma en esa posición vivida con un papel de mártir imprescindible y poco reconocido.

En estas condiciones, si la izquierda quiere pasar al ataque, al ataque noble de la contienda democrática para hacer valer sus razones, debe «dimensionar» —no digo solucionar o eliminar— sus discrepancias internas. Eso primero.

Y, en segundo lugar, debe ganar espacio abiertamente en los sectores de clases medias que en Cataluña decantan las balanzas hacia la izquierda y la derecha según la contienda electoral de que se trate. Y hacerlo sin enfriar la adhesión bien ganada de los trabajadores. Al contrario, animándolos a considerar la contienda autonómica como cosa propia.

Estos dos objetivos son perfectamente asumibles en un término más o menos inmediato. Porque, lógicamente, la aceptación del «dimensionamiento» interno de la izquierda, sin romper, eso sí, los grados de libertad de las diversas opciones en lo que se refiere específicamente a las posiciones diferenciadas en materias *no* relacionadas con la cuestión nacional, es decir, las posiciones estrictamente relativas al grado de izquierdismo, o las diversas «culturas» de la izquierda, es perfectamente posible.

Quiero decir que el entendimiento de izquierda que debería producirse, lo que realmente es condición para que la izquierda en su conjunto gane posiciones en Cataluña, se refiere sobre todo a las suspicacias mutuas en materia de nacionalismo o de catalanismo, porque es aquí donde la discrepancia favorece a las posiciones de derecha en su juego permanente de desarmar la oposición socialista sobre la base de transferir las denuncias de ésta hacia una supuesta o real falta de recursos y competencias de la que sería culpable el mismo socialismo, a escala española.

Y es evidente que hoy los comunistas pueden hacer el esfuerzo de separar el grano de la paja en esta cuestión y admitir que en el 90% de los casos la transferencia de culpas operada por el gobierno de «el español del año» no es legítima.

Y todavía es más evidente que los socialistas catalanes deben hacer el esfuerzo (pueden hacerlo y deben hacerlo) de minimizar los flancos que permiten esta maniobra continuada: no solamente influyendo en el gobierno español para hacerle ganar grados de sensibilidad autonómica —cosa que hay que hacer tenazmente, progresivamente, pero que tiene el límite innegable de los intereses generales que el gobierno representa—. No solamente esto: también el socialismo catalán está obligado a dar respuesta al drama íntimo que yo llamaría «el drama de la votante manresana», aquella mujer que después de no votar a Cornet —el ex alcalde socialista— hace mucho más que votarle. Le escribe una carta en la que le dice: «Tú eres mi alcalde», pero también «tu partido no puede ser mi partido porque no es un partido catalán». O la esperanza ilusionada de tantos ciudadanos de Barcelona que no solamente nos dicen «os votaremos» sino que expresan el deseo de poder votarnos también por Cataluña «si cortáis la cuerdecilla que os une con Madrid».

Porque unos y otros se manifiestan con una confianza, una proximidad y un entusiasmo que demuestra que los socialistas catalanes expresarían mejor que nadie su forma de concebir la política catalana, si los socialistas catalanes asumiesen en un mayor grado la obligación de actuar autónomamente respecto de Madrid. Es decir, si además de «ser catalanes» también «lo pareciesen» un poco más.

Y digo «actuar autónomamente», «tirar de la cuerda», más que romperla, porque la manresana y el barcelonés son conscientes, a buen seguro, de que una relación incluso estrecha con las fuerzas políticas españolas deben tenerse: 1) porque de otra forma no se expresarían con tanta franqueza; y 2) porque ven, más o menos sorprendidos, pero cada vez más claramente, los esfuerzos desesperados que CIU ha hecho y continuará haciendo para unirse a la derecha española, y específicamente a aquélla que históricamente ha estado en la base de todos los intentos de aniquilar la autonomía catalana.

Como sea que estos esfuerzos de CiU vienen obligados por su propia consolidación en Cataluña (consolidación del voto de derecha residual, afianzamiento de alcaldías, pago de las deudas de la operación PRD y avance en la fracción de votantes sensibles a la necesidad de acompañar de cerca una política española de apertura, reconversión y cambio) no hay que esperar que haya dificultades insalvables en la progresiva homologación popular del socialismo catalán como fuerza no descartable por razones de nacionalidad.

Dentro de esta perspectiva de la izquierda, está claro que el socialismo ha de representar una opción moderada, tolerante, «liberal» en el sentido etimológico, dirigida también a los pequeños empresarios y sectores de auto-ocupación y profesionales, con un componente catalanista claro y contundente, que los sentimientos

nos imponen, y que ya entienden nuestros votantes inmigrados (como se ha demostrado en la campaña municipal, aunque con timidez, a veces excesiva).

Creo también que la posición socialista respecto del Estado, del Estado en abstracto, ha de ganar grados de libertad y de escepticismo. Este es otro sentimiento profundo de los catalanes y del socialismo catalán que no debemos esconder en absoluto y que debe ayudar al «redimensionamiento» interno de la izquierda.

Esta perspectiva se aviene del todo con nuestro municipalismo teórico y práctico, e incluso con la crítica sin piedad que habría que hacer —y no se hace lo bastante— del asfixiante intervencionismo nacionalista: se intervienen las Cajas de Ahorro, los museos, las ferias, las cámaras de comercio, las agrarias, obviamente, se nacionalizan las comarcas por medio del partido para convertirlas en todo lo contrario de lo que soñábamos: en engranajes de un aparato nacional de dominio puntillista del territorio y de un reparto dirigido del dinero público; se crean cuerpos de inspección financiera local, se menosprecian los mecanismos automáticos de distribución de recursos desde el Estado con la excusa —siempre la misma, ¿hasta cuándo continuaremos cayendo en esta trampa?— de ganar competencias para Cataluña; se cierran radios y televisiones locales mientras se elogia a la sociedad civil; se

---

***El socialismo ha de  
representar una opción  
moderada, tolerante,  
«liberal» en el sentido  
etimológico.***

---

prohíben las camisetas de las escuelas para uniformar a todo el mundo con una camiseta única con el escudo de la Generalidad y una pequeña inscripción del nombre del centro; lo mismo se hace con las policías locales (siempre con una finalidad loable de simplificación, está claro, pero siempre uniformando, nunca favoreciendo la singularidad). En fin, se intenta controlar al Barça y a muchos otros clubes.

Ante esta avalancha de mensajes ordenancistas y uniformadores, la misma izquierda se siente, a veces, desarmada: nacionalizar, ¿no ha sido justamente su propia consigna?

Aquí los socialistas catalanes deben jugar fuerte su veta más libertaria y explicar claramente que igualdad no quiere decir uniformismo sino justamente diferencia: diferencia para compensar la desigualdad de oportunidades, pero también diferencia para que se expresen todas las singularidades. Cabe decir, igualdad de los individuos, no igualdad contra el individuo.

Convertir la Cámara catalana en el lugar de debate y de crítica de este inmenso juego de manos en que se está convirtiendo la política nacionalista es todo un reto para los meses venideros. Un reto que pide osadía y habilidad. Y, sobre todo, resolver con coherencia el gran problema de la

---

***Los socialistas catalanes deben jugar su veta más libertaria y explicar que igualdad no quiere decir uniformismo.***

---

opción continuada entre situarse al lado de una mayoría arrogante, simplemente hábil en la creación de problemas e inepta en su solución, o bien, la oposición frontal, a pesar del componente nacional evidente de algunas de las propuestas avanzadas desde la mayoría.

No hay ninguna mayoría que caiga sin una alternativa frontal. Ninguna. Y eso lo saben bien las derechas catalanas: miren, si no, su comportamiento en las recientes elecciones municipales. Solamente hace falta decir que su estrecha concepción del enfrentamiento lo ha reducido prácticamente al ataque despiadado a las personas y a la cancioncilla de derechas de siempre (impuestos, seguridad, droga), en una combinación que en algunas ocasiones buscaba subliminalmente los dos objetivos al mismo tiempo.

La izquierda no debe ir por aquí, si bien ha de hacer patente la superioridad técnica, la mayor honradez y el historial democrático y catalanista más amplio de nuestros hombres y mujeres, en relación con los centenares y centenares de cuadros del nacionalismo procedentes de «la situación».

El nacionalismo ha hecho en realidad poco más que una operación de *estampillado* «CiU» de los poderes locales de turno, los que fuesen, ofreciéndoles la patente de un catalanismo que seguramente no habían sentido nunca pero que les permitía enfrentarse con éxito —no siempre, afortunadamente— a la gente de izquierda.

Aquí hemos de ser contundentes. Aquí sí. Porque está involucrada una mixtificación moralmente dudosa. Cuando el alcalde de aquel pueblecito por CiU es un hombre que votó «NO» al Estatuto —y no por poco sino por demasiado— y sustituye a aquel otro que votó «SI», que toda la vida ha sido catalanista y que ahora se ha hartado de gobernar con la incomprensión de las fuerzas vivas del pueblo y no se presen-

ta: cuando Recasens, en Tarragona, se enfrenta con el buen amigo Gomis, que es un trabajador infatigable pero no precisamente un catalanista de toda la vida, o al menos no de la manera que pueda decirle a Recasens que «hará más por Cataluña»; cuando Pau Nuhet de Valls es quien es y ha de pasar la vergüenza de que cierren una emisora municipal que emite en catalán y para Cataluña desde quién sabe cuando y de que casi se lo lleven esposado; cuando Nuria Albó de la Garriga («Tranquilo Jordi, tranquilo») no puede ser votada porque «no es de un partido catalán»; cuando en Manresa no se puede votar al alcalde que preparaba con ilusión para el 92 el centenario de «las Bases de Manresa»; cuando Rosa Martí de Parets ha debido pasar por dos querellas antes de ganar de manera contundente; cuando Josep Vicente de Sant Feliú de Guixols, que es un enamorado de su pueblo y de la cultura catalana, ha tenido que aguantar una campaña de desprestigio personal en los buzones de los *guixolans* por parte de una opción encabezada por un candidato poco próximo al catalanismo hace ocho años; cuando, en fin, por todas partes la contienda se transforma tantas veces en combate áspero entre los que toda la vida han luchado por la democracia, la autonomía y el socialismo, y los representantes permanentes de «la situación»... entonces es moralmente dudosa, como mínimo, una campaña llevada en nombre de Cataluña. Y eso la gente lo ha visto y ha calado hondo en la conciencia de muchos ciudadanos.

Pero hay que decirlo y repetirlo tantas veces como haga falta. A ver si, de una vez, los amigos de Esquerra Republicana se dan cuenta del lado de quién han de estar, y de que un gobierno catalán que niega la inscripción en el Registro de una Fundación que lleva el nombre de Carles Pi i Sunyer y que fue constituida por un grupo de ciudadanos ilustres, entre los cuales estaban los propios hijos de aquel gran alcalde y político, no es, no puede ser con-

---

***La causa del catalanismo  
no puede progresar sin  
relaciones fraternales  
y sinceras con las fuerzas  
progresistas de España.***

---

siderado un gobierno consagrado a la causa del desarrollo del municipalismo catalán y la autonomía de Cataluña, y sí, en todo caso, de una visión muy particular y muy patrimonial de la misma.

Hemos de hacer mucho más para dejar bien clara nuestra adhesión a la causa del catalanismo, sin esconder la convicción de que esta causa no puede progresar sin relaciones fraternales y sinceras con las fuerzas progresistas de España. Hemos de hacer mucho más. Pero no debemos esconder tampoco la convicción de que con tonos oficiales, «el servicio a Cataluña» es hoy en muchos casos una invocación interesada, mezclada, como mucho, con un amor sincero a Cataluña «mezclada cuando no sustitutiva».

Hasta que no saquemos de esta convicción la fuerza para plantear una alternativa positiva y contundente, apta para justificar la negativa a alguna de las propuestas que se nos hacen y se nos harán en nombre de la patria, la izquierda no comenzará a avanzar visiblemente en el sentimiento de los ciudadanos.

Y esta política no es incompatible, en absoluto, con una política de buenas relaciones entre las instituciones catalanas. Esta política de entendimiento, de buenas relaciones, que el pueblo desea ahora más que nunca, tiene la enorme dificultad de las «LLOT», las leyes que han pretendido

---

***Hemos de ser conscientes  
de que una política de  
ambigüedad respecto del  
marco estatutario  
o constitucional puede  
llevar a situaciones  
extremas.***

---

ordenar partidariamente el territorio y que pueden enfrentar a los catalanes indefinidamente. Se trata, esta vez sí, de una dificultad difícil de vencer. Mucho más que cualquier combate parlamentario, por duro que sea.

Pero aquí la izquierda tendrá que saber combinar la firmeza —y mucha— con la sutilidad para discernir los intereses del conjunto en el tiempo, y no solamente a corto plazo.

Ninguna ley contraria a los intereses de los catalanes y viciada por errores legales presumiblemente graves puede ser excluida *por principio* de la lista interminable de leyes que van a parar a los tribunales —y cuando digo por principio me refiero al principio erróneo de que mientras no exista el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña no podrán ser objetadas las leyes catalanas—.

Tan sólo un análisis político muy fundamentado puede adjudicar el atributo de la no recurribilidad a las leyes malas proclamadas por un Parlamento dotado de competencias para legislar en la materia. Porque hacerlo de otra forma sería tanto como entrar en un reino que no sería el Estado de derecho. Sería otra cosa, quizás muy respetable, pero no el Estado de derecho. Creo que en este punto estamos haciendo lo que debía hacerse. Pero la tarea es larga.

Hoy Cataluña tiene todos los números para entrar con buen pie en la carrera europea hacia la supervivencia económica y la integración política que se vislumbra. Hay un grupo de sectores sociales de Europa, no solamente económicos, también culturales, urbanísticos, tecnológicos y académicos, donde es factible ganarse un espacio respetable.

Analicemos con cuidado estas posibilidades. Analicemos también con detalle nuestros problemas, que son muchos, en el campo de la Administración pública y en el terreno de las desigualdades sociales que afectan visiblemente a nuestro pueblo. Y decidamos entonces si lo que hace falta es un continuado enfrentamiento con el gobierno español, como expediente para aprovechar la obtención de adhesiones populares sencillas o si, más bien, no es preferible escoger autónomamente, desde la izquierda, los campos de enfrentamiento con el gobierno español, desarrollándolos con rigor, pero sin olvidar ni los sectores de desenvolvimiento positivo de la política catalana ni las grandes carencias que el gobierno catalán demuestra.

Hemos de ser, sobre todo, conscientes de que una política de ambigüedad respecto del marco estatutario o constitucional —que es diferente de una política de presión selectiva y tenaz en las cuestiones prioritarias— puede llevar a situaciones extremas por parte de sectores mayoritariamente juveniles que cuando oyen «amenaza a la autonomía» leen «imposibilidad total de un futuro próspero y libre». Estos sectores están hoy perplejos ante la locura destructora que el nacionalismo radical ha introducido en nuestra casa. Necesitan una explicación de algunas cosas que no entienden. Necesitan que alguien les diga que cuando Franco escribió fríamente en el Boletín Oficial «las provincias traidoras de Guipúzcoa y Vizcaya», al decretar la abolición del Estatuto Vasco, decretaba también, inexorablemente, más de medio

siglo de odios y venganzas cruzadas. Y que este añadido, administrativamente innecesario, procedía del hecho de que la Iglesia vasca estuvo de parte del nacionalismo vasco ante el bando «nacional» español —«traicionando» así las esperanzas de solidaridad de clase que nutría la derecha española del 36—. Cosas todas ellas que no sucedieron en Cataluña, donde la Iglesia sufrió las peores persecuciones del bando republicano.

Es imprescindible evitar que el clima creado desde altas instancias nos lleve, con ocasión de nuestras fiestas y «diadas» nacionales, al límite que bordea el precipicio y la espiral de la violencia —aunque yo estoy convencido de que difícilmente caeremos como pueblo en esa espiral—, pero la posibilidad, pequeña o grande, existe.

Conviene, entonces, recordarlo y exigir a todo el mundo otra vía que no sea la de la ambigüedad calculada sobre nuestro destino para movilizar nuestros sentimientos autonomistas y muy particularmente los de una juventud que encuentra trabajo con dificultades, pero fácilmente, en cambio, el camino de la crítica a los sistemas (educativos y productivos) de la sociedad adulta.

Si la izquierda sabe encontrar caminos en esta selva, y decisión para transitarlos, el futuro de Cataluña no tiene secretos y será un futuro próspero y estable. Entraremos en una de las fases creativas de nuestra historia. Todo parece estar dispuesto.

Traducción: Alberto Gómez Font.

# CUADERNOS DE ALZATE

REVISTA VASCA DE LA CULTURA Y LAS IDEAS



EDITORIAL PABLO IGLESIAS  
 CUADERNOS DE ALZATE  
 STA. CRUZ DE MARCENADO, 31, 1.º-14 - 28014 MADRID - TEL.: 241 35 41